

CERVANTES Y NOSOTROS

Commemoración vascongada del Centenario

por

José Miguel de Azaola

He de confesar que apenas si he leído alguna de las cosas—de las muchas cosas—que se han publicado con ocasión de la conmemoración cervantina de este año, y que no he oído una sola conferencia de cuantas han sido pronunciadas con el mismo motivo (y esto no por prurito o razón semejante, sino por la sencillísima de que a ninguna he tenido ocasión de asistir). Ignoro por eso, si alguien ha tratado el tema cervantino desde el punto de vista, y en iguales o parecidos términos, de que me voy a servir en el presente trabajo. Celebraré que no haya sido así; pero, si así ha sido, puede el lector creerme que lo ignoro y que, por consiguiente, cuanto voy a decir, bueno o malo, mío es y no de otro.

Hay en las obras de Cervantes alusiones dispersas a los vascos y a las cosas vascongadas. He podido recoger unas cuantas de ellas, aunque no soy erudito ni tengo dotes de investigador; por lo que supongo que otras muchas se me habrán escapado. Hay más aún: hay personajes “vizcaínos”—nombre genérico con el que, según es sabido, llamábase por aquellos días, si no a todos los vascos, si por lo menos a los de Guipúzcoa y Vizcaya, sin duda a causa de ser esta última la más poblada de ambas regiones eusqueldunes—y hay parodias de vizcaínos, como la del entremés “El vizcaíno fingido”. Por nuestra parte, los vascos nos hemos ocupado abundantemente de Cervantes. Dejando de lado los trabajos de erudición (de los cuales no podría mencionar aquí sino una pequeña parte, por lo que—curándome en salud contra posibles injustas omisiones—prefero no citar ninguno), no es posible callar el hecho de que los dos más ilustres comentarios con que la literatura española ha apostillado

al *Quijote* en el siglo presente han salido de dos plumas vascongadas: son la "Vida de Don Quijote y Sancho" de Unamuno, y el primero de los tres ensayos publicados por Ramiro de Maeztu bajo el título común de "Don Quijote, Don Juan y la Celestina".

Hay, pues, tela para hilvanar un trabajo conmemorativo desde el ángulo vascongado, aunque sea sin pretensiones de decir cosas nuevas, poniendo a lo sumo de manifiesto unas cuantas relaciones, las cuales—por otro lado—es probable que no hayan pasado inadvertidas a muchos de mis lectores.



Entre los personajes novelescos que más gallarda figura hacen en la producción cervantina, hay que contar a los simpáticos jóvenes don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, "caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos", cuyas andanzas sirven de cañamazo para bordar esa preciosa novelita que es "La señora Cornelia".

No hace falta decir aquí que ambos hida'gos son vascongados, ya que sus apellidos lo dicen solos. Lo que resulta indudable, es el mucho aprecio en que Cervantes tenía las cualidades del pueblo vasco, o al menos aquéllas que él había creído descubrir en los vascos a lo largo de su vida, durante la cual nos consta de cierto que tuvo amistad con bastantes oriundos de nuestras provincias, y es de suponer que conociera a otros muchos, de quienes no queda noticia, en la primera etapa, la más azarosa y trashumante, de su accidentada existencia. Los tales don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa no solamente poseen, como individuos, todas las prendas deseables en cuanto a discreción, caballerosidad y nobleza de linaje, cosa en sí misma poco significativa (sabido es que Cervantes, cuando se proponía hacer simpático a uno de sus tipos, no le regateaba ninguna buena cualidad), sino que claramente se echa de ver cómo el autor se las adjudica también en tanto en cuanto constituyen patrimonio de la colectividad vascongada. Así, el ama del hospedaje que ambos caballeres ocupan en la universitaria Bolonia, dice hab'ando de ellos: "...a la verdad, no tengo de qué quejarme de mis amos, por-

que son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaína". Tales eran el renombre y prestigio de los vizcaínos en aquel tiempo, y a fe que no era la cosa para menos, pues aunque en el siglo XVI la masa exigua del pequeño pueblo vascongado continuaba viviendo una etapa puramente medieval, el genio individualista de nuestra raza hizo que buen número de sus personalidades relevantes no solamente se incorporaran de lleno al movimiento renacentista, a la obra religiosa de la reforma católica, a la política misionera y colonizadora de España en América y a la del mantenimiento de la hegemonía continental de la casa de Austria en Europa, sino que brillaran como astros de primera magnitud en todos los aspectos. Dejando aquí de lado el administrativo y burocrático, en el que ganó fama la probidad concienzuda de nuestros paisanos, así como el económico (dice Ramiro de Maeztu que, en los amigos vascongados de Cervantes "el negociante don Pedro de Insunza y el historiador don Esteban de Garibay, ya se apunta la misión histórica de la raza vasca, que parece consiste en enseñar a los pueblos hispánicos a armonizar el espíritu moral con el de economía"), y fijándonos únicamente en las actuaciones más deslumbradoras, tenemos a los grandes navegantes, conquistadores y evangelizadores: Elcano, Legazpi, Goyti, Urdaneta, Francisco de Javier, Juan de Zumárraga; a los grandes reformadores y teólogos: Ignacio de Loyola, Francisco de Vitoria y Martín de Azpilicueta, príncipe de los canonistas de su siglo; al poeta Alonso de Ercilla; al arquitecto Juan de Alava; al filósofo Huarte de San Juan: brillantísima lista que siempre será oportuno recordar a quienes, hablando de las cualidades de los vascos, no saben ir más allá de los "honrados administradores", los "laboriosos industriales" y los "hábil financieros", clases de personas a las que—según juicio casi universal—parece reducirse cuanto de estimable hay en nuestro pueblo; con lo que, si algún elogio se hace, es el de nuestra mediocridad y falta de cualidades creadoras (aunque no niego que se pueda ser financiero o industrial y poseer, al mismo tiempo, espíritu creador: empresas económicas hay que tienen más grandeza y más belleza que

muchos poemas; pero también se puede tener alma de poeta y ser capitán de bandidos, o cualquier otra cosa, por lo que este argumento no prueba nada), haciéndonos así pasar por nación de hormigas afanadas en asegurar pacienzuda y laboriosamente el sustento de día de mañana, cuando lo cierto es que de entre nosotros han salido, salen y—espero en Dios—saldrán magníficas cigarras de poderoso canto, en las que debemos poner nuestro orgullo mejor que en las tan alabadas virtudes burguesas con que muchos parecen contentarse sin aspirar a más.

Vuelvo a los héroes de "La señora Cornelia", "conocidos de todos—en la universidad de Bolonia y desde el primer día—por caballeros, galanes, discretos y bien criados", para llamar la atención del lector sobre la manera como Cervantes da de mano a su historia, y que es la siguiente. Queriendo el duque de Ferrara dar a los dos jóvenes por mujeres "dos primas suyas con riquísima dote", "ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debían de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento". Y Cervantes nos hace saber que, lejos de echarlo a mala parte tomándolo como pretexto falto de peso, "el duque admitió su disculpa", tras de lo cual don Antonio y don Juan "llegaron a España y a su tierra, a donde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres".

Es evidente que a Cervantes le llamaba la atención el rigor con que se observaban entre los vascos los preceptos de un régimen profundamente patriarcal; y, aunque esto de casar los padres a los hijos sin cuidarse de saber el gusto de ellos, era entonces cosa harto corriente, entre los vascos debía de serlo mucho más que en otras regiones de España, ya que de lo contrario no habría la indicación de que "los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria", sino que habría bastado aludir a la costumbre general del tiempo, sin añadir la puntualización del lugar. Conociendo el ceño, exagerado hasta la ridiculez, con que en nuestras provincias se miraba la nobleza de sangre, en virtud del prurito de los vascongados, de ser hidalgos todos ellos y conservar la pureza de su linaje

infanzón, no es de extrañar que las familias de esta tierra pusiesen mayor tiento que las de otras partes en elegir casamiento para sus hijos, procurando en general que fuera con vástagos de otra estirpe del país, de cuya hidalgúia cabía más seguridad que siéndolo de fuera. Este es el hecho que, sin duda, llamó la atención de Cervantes, quien lo trasladó a su novela.

En "El vizcaíno fingido" vemos, como he dicho, una parodia traída a cuento de la saladísima treta con que cierto joven burla a una mujer sevillana de honra y mañas más que dudosas. No hay tal vizcaíno, sino remedo de él, hecho por un tal Quiñones, quien toma el nombre de Azcaray y se pone a estropear el castellano a troche y moche: manera usada por Cervantes para representar a los vizcaínos, aun cuando es más que dudoso el que nuestros paisanos hayan hablado nunca el castellano de semejante manera. Pero esta observación ha sido hecha antes de ahora, y no pocas veces.

He aquí cómo el burlador describe a su fingido vizcaíno: "Es un poco burro y tiene algo de mentecato, y añádesele a esto una tacha que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto un sí es no es del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio... Es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad: da cuanto tiene a quien se lo pide y a quien no se lo pide... y no he hallado mejor medio que traerle a casa de vuesa merced, porque es muy amigo de damas y aquí le desollaremos cerrado como a gato". Y más adelante: "él es mentecato y algo borrachuelo".

Reconocemos en esta parodia al prototipo del paleta romo de inteligencia, eterna víctima de los graciosos en el teatro y fuera de él, con añadidura (y éste es el único detalle que podría tomarse como concreta alusión al específico tipo vascongado) de su afición descomedida a empinar el codo: afición bien característica de nuestro pueblo, y que a Cervantes no se le escapó, sin duda, en su observación, directa e indirecta, de la tipología de los vascos.

Pero el más célebre, el más definitivamente inmortalizado de los vizcaínos de Cervantes, es don Sancho de Azpeitia, el caballero que libró con don Quijote la "estupenda batalla" narrada en los capítulos ocho y nueve de la primera parte del Libro.

Entramos con ello en el *Quijote*. Dice Ramiro de Maeztu, que la literatura occidental ha producido cinco grandes mitos: Fausto, Hamlet, don Quijote, don Juan y la Celestina: como puede observarse, tres de estos cinco mitos son españoles. No voy a entrar ahora en si la enumeración de Maeztu peca o no de corta, aunque a mí parece que sí peca y que en el número de los grandes mitos occidentales debiera incluirse, por lo menos, a Romeo y Julieta y a Ote'lo, además de los ya citados, pero cosa es ésta de la que hablaré, Dios mediante, en otra ocasión con el detenimiento debido; lo que sí quiero subrayar ahora es que los tres grandes mitos literarios españoles son tan gigantescos que han eclipsado el nombre de sus propios creadores, cosa que no sucede con los extranjeros. Ni Fausto, con toda su grandeza, hace sombra al nombre de Goethe, ni Hamlet, ni Romeo, ni Julieta, ni Oteló se la hacen al de Shakespeare. En cambio, apenas si sabemos quién fué el autor de "La Celestina"; y, mientras don Juan es un personaje universalmente conocido, los nombres de Tirso de Molina y de Zorrilla son ignorados en el extranjero, exceptuando las gentes muy eruditas, y entre nosotros la popularidad del mito supera en mucho a la de sus creadores literarios. Por lo que al *Quijote* respecta, en España y fuera de ella su figura es mucho más conocida que la de Cervantes; aunque son pocos—dígame lo que se quiera—, muy pocos, los españoles que han leído el *Quijote*, nadie desconoce la personalidad del inmortal Caballero y la de su escudero Sancho Panza, mientras que resulta sumamente difícil obtener la menor precisión acerca de la personalidad de quien los engendró. Recientemente, y fuera ya de España, una publicación holandesa publicaba el resultado de una encuesta llevada a cabo entre personas de diversa extracción y distinto nivel de cultura, de aquel país, acerca del conocimiento que el hombre medio holandés posee de Cervantes y del *Quijote*. El resultado fué que casi ninguno se acordaba de haber oído hablar del escritor, y quien recordaba su nombre no sabía identificarlo; todos, en cambio, conocían a don Quijote.

aunque en ciertos casos la interpretación que daban de la figura del Caballero se hallase teñida de absurdos prejuicios más o menos tilisteos.

Es el hecho, que la grandeza de don Quijote eclipsa a Cervantes, y que no hay manera de hablar de éste sin que salga a relucir su obra inmortal acaparando toda nuestra atención, o desviándola, al menos, de la figura de su creador. Dice Unamuno: "¿No hemos de tener nosotros por el milagro mayor de don Quijote el que hubiese hecho escribir la historia de su vida a un hombre que, como Cervantes, mostró en sus demás trabajos la endeblesz de su ingenio y cuán por debajo estaba, en el orden natural de las cosas, de lo que para contar las hazañas del Ingenioso Hidalgo, y tal cual él las contó, se requería?"

"No cabe duda sino que, en EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, se mostró éste muy por encima de lo que podríamos esperar de él juzgándole por sus otras obras; se sobrepujó con mucho a sí mismo. Por lo cual es de creer que el historiador arábigo, Cide Hamete Benengeli, no es puro recurso literario, sino que encubre una profunda verdad, cual es la de que esa historia se la dictó a Cervantes otro que llevaba dentro de sí y al que ni antes ni después de haberla escrito trató una vez más; un espíritu que en las profundidades de su alma habitaba. Y esta inmensa lejanía que hay de la historia de nuestro Caballero a todas las demás obras que Cervantes escribió, este patentísimo y espléndido milagro es la razón principal—si para ello hiciesen, que no hacen falta, razones, miserables siempre—para creer nosotros y confesar que la historia fué real y verdadera, y que el mismo don Quijote, envolviéndose en Cide Hamete Benengeli, se la dictó a Cervantes" ("Vida de Don Quijote y Sancho", último capítulo). Indudablemente, es ésta una exageración del escritor bilbaíno llevado de su entusiasmo quijotista y de su fidelidad a la idea de que el sueño prima sobre la realidad, y a su tesis de que los personajes de ficción pueden llegar a tener, y de hecho tienen muchas veces, una existencia tan verdadera o más que la de los personajes del mundo sensible. Pero, repito, es exageración: no mentira. La verdad es que el *Quijote* se eleva mil codos

por encima de las restantes producciones de Cervantes, aun cuando no fué este escritor tan mediocre como afirma Unamuno, sobre todo en sus poesías y en su moderna concepción del teatro, en cuyo dominio hace figura de precursor.

En la primera parte del *Quijote* no hay más personaje vizcaíno que el citado don Sancho de Azpeitia, ni otra alusión a los vascos que las que a éste se refieren. Cervantes trata de "gallardo" al vizcaíno en el epígrafe del capítulo nueve de la primera parte del libro, para llamarlo a renglón seguido "valeroso". Poco más adelante le llama "colérico", y no hemos de extrañar su cólera por cuanto que el Manchego acabábale de decir algo que no era posible tomarlo sino como ofensa: "si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura". Negarle la calidad de caballero a un hidalgo vascongado, no es cosa que se pueda llevar en paciencia. Por eso Unamuno, al comentar este pasaje, muestra su extrañeza ante las palabras de don Quijote, siendo así—dice—que Tirso de Molina en "La prudencia en la mujer", Camoens en "*Os Lusíadas*" y don Alonso de Ercilla, el bermeano, en "La Araucana" (libro este último que se encontraba en la librería de don Quijote, siendo de presumir que el Hidalgo hubiese asimismo leído los dos anteriores) encomian la nobleza y altivez de la gente vascongada.

No era don Sancho de Azpeitia excepción en lo que toca a ninguna de estas dos cualidades: así fué que, al ver cómo le era negada la primera, reventóle la segunda y comenzó justamente a protestar de su hida'guía, con lo que trabóse la disputa, a la que siguió la batalla entre los dos héroes. Quiso la suerte que la cabalgadura del vizcaíno, que era mula, y de las de alquí'ér, no respondiera tan bien a las órdenes de su dueño como el jamelgo inmortal que don Quijote montaba, y diese con su caballero en tierra a renglón seguido del golpe que con su espada el Manchego le había asestado, y entonces intervinieron las damas a quienes el vizcaíno acompañaba, logrando el perdón de la vida de éste a cambio de la promesa de ir a visitar y rendir homenaje a la soberana belleza de Dulcinea, con lo cual termina la aventura, en la que don Quijote apuntóse la victoria no sin haber perdido en el combate "gran parte de la celada con la mitad

de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho”.

Más adelante, en el capítulo treinta y uno de esta misma primera parte, cuando el desvergonzado Sancho Panza ensarta ante la crehuidad de su amo la ristra de embustes relativa a su pretendida visita a Dulcinea del Toboso, entre las mentiras que el poco escrupuloso escudero suelta, figura la siguiente: “Preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras, díjome que sí y que era un hombre muy de bien”. Este juicio de Sancho, pura invención del socarrón escudero muy inclinado a mofarse de todo bicho viviente y sacarle faltas al lucero del alba, dice sin duda algo, y más que algo, de la opinión que a Cervantes merecían los vascos. Máxime, si tenemos en cuenta lo que se lee en el capítulo cuarenta y siete de la segunda parte del propio *Quijote*, en el cual pregunta Sancho, recién llegado a desempeñar su gobierno en la insula Barataria: “¿Quién es aquí mi secretario? Y uno de los que presentes estaban respondió: Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podréis ser secretario del mismo emperador”. Es muy probable que, al poner estas palabras en boca del escudero de don Quijote, tuviese Cervantes presente la memoria de los Idiáquez: Alfonso, secretario del emperador Carlos V; su hijo Juan, secretario de Felipe II y Felipe III; y Francisco, secretario de Felipe II en el Consejo de Estado: todos ellos de Tolosa; pero sin duda tuvo alguna otra razón para adjudicar tan alto puesto al solo mérito de ser vizcaíno, y ella no pudo ser otra que el elevado concepto en que Cervantes tenía a los vascos, y no sólo Cervantes, sino la opinión general de su tiempo, como lo prueba el haber puesto el autor palabras tales en boca de Sancho, quien, a falta de capacidad para formular juicios propios en determinados casos—y éste es uno de ellos—, debía contentarse con repetir los comúnmente aceptados por la colectividad en cuyo seno vivía.

Una última alusión a lo vizcaíno recuerdo haber leído en el *Quijote*, y se halla en el capítulo XVI de su segunda parte. Caba'ga nuestro Caballero, tras de su victoria sobre el de los Espejos, y en vísperas de correr la célebre aventura de los leones, acompañado del hacendado manchego—aquel *poterfamilias* tan pagado de sí mis-

mo, que presumía hasta de no hacer alarde de sus buenas obras, lo cual es el colmo de la presunción—a quien llama caballero del Verde Gabán; y, hablando de las aficiones literarias del hijo de éste, dice: “en resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo ésto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya”.

Esta defensa de la literatura en la lengua vernácula, suena perfectamente bien en labios de don Quijote. Vivía el siglo XVI bajo el peso del prejuicio clasicista que ponía en los cuernos de la luna al antiguo griego y al latín, y menospreciaba la creación literaria en los modernos idiomas occidentales, lenguas tenidas por bárbaras como engendradas en las “tinieblas” de la Edad Media y fruto de la madurez de pueblos que, al cabo, habían aprendido a caminar por sus propios pasos sin los andadores—aunque no sin las lecciones—de la Antigüedad. Cervantes ve claro al preconizar el cultivo de la poesía en lengua vulgar; como que las máximas creaciones literarias de su tiempo: las que dejarían fama imperecedera y ganarían para él la aureola del clasicismo: fueron no las producciones humanísticas de los eruditos empeñados en devolver con su elegancia la vida a unas hablas que ya no se hablaban, sino las de los poetas del pueblo que se expresaban en el idioma de éste: la de un Lope de Vega, ídolo de las multitudes, o la de un Shakespeare, cómico de la legua y que escribía para la masa, o la del propio Cervantes, cuyo *Quijote* era leído por gente de toda condición social. Pero hacía falta valor para proclamar esta verdad, dado el peligro de ser víctima de la altivez pedante de los beatos de la Antigüedad, y nadie podía afrontar este riesgo mejor que don Quijote, quien lo hace llevando su osadía hasta el extremo de encomiar el cultivo literario de lenguas como el alemán, y hasta el vascuence.

El idioma teutón era para la sociedad barroca algo así como el símbolo, el compendio y la suma de la barbarie. El humanismo llevaba dentro la espina de las invasiones germánicas que habían apagado para diez siglos—según sus no muy acertadas cuentas—la luz

de la civilización; y el catolicismo se dolía ¡y cómo! de una herida feroz y bien reciente: de la cruel mutilación obrada por la cuchilla protestante. La lengua de las razas bárbaras que habían destruído el glorioso imperio romano, la lengua de Lutero—tanto más cuanto que el genial fraile herético era el creador del alemán moderno—, no podía encontrar benevolencia en aquel mundo católico y heredero del humanismo.

La sociedad barroca perpetúa, para con lo popular germánico, el gesto despectivo encerrado en la frase hiriente que el humanista cardenal Cayetano dedicó a Lutero después de entrevistarse con él en Augsburgo, en 1518, cuando todavía se acariciaba en Roma la posibilidad de una reconciliación: "*Quant'una bestia!*" Y al hacer de su traducción de la sagrada Escritura la obra literaria fundamental del alemán moderno, el rebelde agustino atrajo sobre el idioma de su patria la desconfianza de la ortodoxia, que vino así a sumarse al menosprecio del humanismo. Desde que se convirtió en vehículo del protestantismo, el alemán quedó estigmatizado; los jesuitas, máximos representantes del barroquismo religioso, hicieron de sus colegios y universidades alemanes otros tantos reductos de las lenguas clásicas, sin caer en la cuenta del peligroso divorcio que ello implicaba, entre su enseñanza y el espíritu popular; fué precisa la—por tantos otros conceptos, vergonzosa—reacción antijesuítica del siglo XVIII, para que los medios católicos alemanes comenzasen a tener en cuenta la gran verdad de que la cultura se empobrece, se anquilosa y se esteriliza al encarnar en una lengua muerta; de que, para ser fértil y seguir viviendo, ha de injertarse en el organismo vivo del lenguaje que el pueblo habla. Todo esto retrasó la madurez cultural de Alemania y produjo insensiblemente un ambiente espiritual, en el cual el pensamiento católico se sintió por mucho tiempo—se siente todavía—incómodo: como que apenas si contribuyó a formarlo.

Pero el Hidalgo no dice únicamente que se deba escribir poesía en alemán, sino también en castellano, y *aún en vizcaíno*. ¿Qué hubiese sucedido si los vascos de fines del siglo XVI y principios del XVII se hubieran puesto a cultivar su idioma, convirtiéndolo en lengua literaria, dándole cohesión, desarrollándolo y perfeccio-

nándolo como instrumento de cultura? Pues que se habría frenado, o quizá detenido, la penetración del castellano en tierra cusqueldún; que el genio hispánico habríase enriquecido gracias al empleo de un nuevo medio de expresión; que la personalidad de nuestro pueblo habríase afirmado colectiva y orgánicamente, y no por la mera yuxtaposición de individualidades aisladas, en la historia de la civilización; que, en la hora del romanticismo nacionalista del siglo XIX, se habría ahorrado al vascuence la peste del neologismo que, desatada por la más ridícula estulticia, tanto y tan gravemente ha acelerado—pretendiendo detenerlo—el proceso de su desaparición... Y qué sé yo cuántas cosas más.

Pero volvamos al *Quijote*. Cuando el Caballero habla de hacer versos en lengua vasca, leemos en sus palabras una de las quijotadas más inconfundibles. Decir "vizcaíno" era por entonces casi como decir "bárbaro": Vizcaya, Guipúzcoa y Alava se han civilizado castellanizándose; dado que, a principios del siglo XVII, la castellanización era todavía poco profunda, el proceso civilizador hallábase aún en sus comienzos. Junto con la estima de las cualidades morales de los vascos, y con la admiración por las excelentes prendas que ponían de manifiesto las individualidades vascongadas más descolantes, subsistía entonces un sentimiento de burlesco menosprecio hacia el conjunto del pueblo: hacia aquellos montañeses ignorantes y torpones, cuya lengua antiquísima e incomprensible, que nadie había logrado convertir en instrumento de cultura, se levantaba como valladar altísimo entre el espíritu popular y el del Occidente civilizado. En condiciones tales, recomendar el cultivo literario del idioma vasco era algo así como recomendar que se plante y se cuide un jardín en medio de un pedregal. Si hubiese, empero, habido hombres con vocación y con genio para llevar a cabo semejante tarea, la tarea habría sido hecha, y los potenciales supuestos que acabo de formular habríanse convertido en resultados bien tangibles... Pero los vascos no escucharon el consejo de don Quijote. Nadie, entre ellos, fué capaz de aquella quijotada—sí de otras, y grandes, como ya he dicho—. Hoy tocamos las consecuencias de su actitud: el vascuence se va; se va sin remedio; para salvarlo no bastaría ya un Quijote, ni dos, ni media docena: haría falta una nación entera de

Quijotes... Y, la verdad, ni el optimismo más incorregible puede cifrar esperanza tal en las virtudes de nuestro pueblo...

* * *

Como he indicado ya, si Cervantes se ocupó de los vascos, los vascos a nuestra vez nos hemos ocupado de Cervantes. Aunque, por regla general, no hayamos sabido ver en él sino el autor del *Quijote*. Es el mito que—lo digo de nuevo—hace sombra a quien lo creó.

Antes cité injustas frases de Unamuno. Cervantes no fué tan mediocre escritor como él dice; mas, aun cuando lo hubiese sido, el haber compuesto el *Quijote* sería por sí solo motivo más que suficiente para buscar en su vida—ya que no en sus demás escritos, hartamente conocidos, en los cuales nada se descubrirá ya nuevo—rasgos reveladores de la gigantesca personalidad de quien tuvo genio con potencia bastante para engendrar al Hidalgo y a Sancho Panza.

Otro vasco: Ramiro de Maeztu: va derecho por este camino que le lleva a la conclusión siguiente: "Cuando se piensa en la vida de Cervantes es cuando se siente mejor el *Quijote*, que no es, por otra parte, ningún libro esotérico. Sólo de cuando en cuando alude en su obra a las cosas y personas de su tiempo; pero el recuerdo de la propia vida, de sus ambiciones, de sus sueños y de sus desventuras tiñe todas las páginas del libro. Y don Quijote es el mismo Cervantes, desposeído de circunstancias baladíes, pero abstracto, idealizado, elevándose por encima del tiempo y del espacio hasta tocar en el corazón de cuantos hombres han puesto sus sueños más arriba que sus medios de realizarlos".

Para Maeztu, el *Quijote* es por consiguiente el libro del desengaño de Cervantes; pero no sólo de Cervantes: "en el *Quijote* tenemos que ver el libro ejemplar de nuestra decadencia". Es, pues, el libro del desengaño de España, escrito en la hora misma en que el poderío hispano, recién alcanzado su cénit, veía iniciarse su irremediable caída. "Para ese momento y para todos los momentos análogos, para todos los hombres y para todos los pueblos que, después de prolongado sobreesfuerzo, han perdido definitivamente su Armada Invencible, escribió Cervantes su epopeya".

Tal es la tesis de Maeztu. Tesis que escandalizó cuando hizo su enunciado, desentonando del coro de turiferarios que, en 1905, conmemoraban con esa beatería tan característica de los medios académicos el tercer centenario de la primera edición del gran Libro; pero que se ha abierto paso más tarde, y que ya entonces fué reiterada por otra de las claras mentes de nuestra tierra: el navarro Ramón y Cajal. No citaré aquí sus palabras, que cumplidamente reproduce el ensayo de Maeztu, donde podrá hallarlas el lector curioso, así como todo cuanto Ramiro decía en apoyo de su afirmación. Afirmación que nada tiene de peyorativa: "aunque el *Quijote* sea un libro de decadencia, el mejor libro de decadencia que haya producido literatura alguna, no deja de ser un libro sano..." y todo lo demás, que—repite—debe ser leído en su original, donde se encontrarán otras muchas cosas sabrosísimas, tales como el parangón del *Hamlet* con el *Quijote*, y el interpretar este último a través de *Os Lusíadas*, y éstas a través de aquél, ya que "sin *Os Lusíadas* no se puede entender el libro de Cervantes" y "tampoco sin el *Quijote* se entienden del todo *Os Lusíadas*", por lo que "no está bien que se lea el *Quijote* sin *Os Lusíadas*, ni viceversa".

Así habla Maeztu del epos cervantino, tras de haberlo leído—y recomendado que se lo lea—ingenuamente, sin prejuicios: "las líneas, y no las entrelíneas". Muy diversamente lo comenta Unamuno, más dado a leer las entrelíneas que las líneas, a hablarnos del don Quijote que él sueña y que no sé si será el mismo que Cervantes soñó, pero que en todo caso rebasa ampliamente las dimensiones del que describió.

Ramiro de Maeztu fué un pensador casi siempre equilibrado; lo que se llama una cabeza clara, "*une teste bien faite*" como decía Montaigne. Pero no tenía gran profundidad y carecía por entero de genio poético. Escritor distinguido, de cuyo paisanaje tenemos los vascos por qué sentirnos orgullosos, se ha hiperbolizado mucho hablando de él en los últimos años. En nuestra descoyuntada España, en sangrienta contradicción consigo misma, Maeztu figura entre las víctimas más caracterizadas. Su cuerpo pereció noblemente a manos de infames adversarios; y su memoria, tan traída y llevada por sus amigos, sufre la desfiguración del ditirambo incondicional y enfá-

tico. Muy otro Unamuno, en quien vanamente buscaremos el equilibrio; cabeza más brillante que clara, pero removedor profundo de ideas y sentimientos, altísimo poeta y creador genial en lo literario. Así es que Maeztu nos da, en su ensayo, el don Quijote puro y simple, el leído con las menos antojeras posibles; mientras que Unamuno nos da su don Quijote, leído a través de las antojeras de su peculiar manera de concebir la vida. Maeztu acierta mejor que Unamuno en no pocas cosas, y la principal de ellas es ver la relación del libro con su autor y con el tiempo y la sociedad en que fué engendrado; y acierta Unamuno en cambio mejor que él al descubrir el sentido trascendental, de que la figura del Caballero está preñada. La cabeza clara, racionante, cala menos hondo que la intuición poética; halla mejor las relaciones superficiales, pero no da tan certera en el blanco de las esencias íntimas. El "Don Quijote" de Maeztu es un precioso estudio de historia de la cultura; la "Vida de don Quijote y Sancho" de Unamuno es una creación artística de fecundidad inconmensurable.

Para encerrar en un solo y breve ejemplo lo que separa a uno de otro trabajo, escogeré las siguientes palabras de Ramiro: "No son absolutamente esenciales, ni en el *Quijote*, ni en el *Hamlet*, los episodios amorosos. El *Quijote* y *Hamlet* serían aún lo que son sin Dulcinea y sin Ofelia". Para Unamuno, en cambio, el Manchego es esencialmente el Caballero de la Gloria, la cual encarna en Dulcinea: "Amó don Quijote a la Gloria encarnada en mujer. Y la Gloria le corresponde".

A Unamuno le preocupó siempre, más que ningún otro problema humano, la cuestión de la sobrevivencia: consumiase en afán de perpetuarse, de "no morir del todo", bien fuera perviviendo en los frutos de su propia carne, bien en los de su mente, bien en la memoria de sus semejantes, bien como espíritu inmortal en la ultravida, o de cualquier forma que fuese, pero la cuestión era vencer a la muerte. La "Vida de don Quijote y Sancho" es, en la producción unamúnica, la epopeya del esfuerzo del escritor por inmortalizarse en la memoria ajena: o sea, de su lucha por conquistar la gloria; es todo el libro un continuo y exaltado himno a la gloria. es el breviario de la religión de la Fama. Unamuno hace del amor

quijotesco por Dulcinea la clave de la obra cervantina, y en ello reside uno de los secretos de la impresionante originalidad de su "Vida". También, para comprobarlo, remito al lector al original, en el que podrá a su sabor recrearse, aunque no me resisto a la tentación de transcribir, siquiera, unos pocos entre los muchos párrafos que, en diversos capítulos, dedica a este asunto:

"Y ahora, don Quijote mío, llévame a solas contigo porque quiero que hablemos de corazón a corazón, y lo que ni a sí mismos osan decirse muchos. ¿Fué de veras tu amor a la gloria lo que te llevó a encarnar en la imagen de Dulcinea: a Aldonza Lorenzo, de la que un tiempo anduviste enamorado, o fué tu desgraciado amor a la bien parecida moza labradora, aquel amor que ella *jamás lo supo ni se dió cata de ello*, el que se te convirtió en amor de inmortalidad?... Dimelo aquí a solas, don Quijote mío, dime: el intrépido arrojo que te llevó a tus proezas todas, ¿no era acaso el estallido de aquellas ansias de amor que no te atreviste a confesar a Aldonza Lorenzo? Si eras tan valiente ante todos, ¿no es porque fuiste cobarde ante el blanco de tus anhelos? De las íntimas entrañas de la carne te acosaba el ansia de perpetuarte, de dejar simiente tuya en la Tierra; la vida de tu vida, como la vida de los hombres todos, fué eternizar la vida. Y como no lograste vencerte para dar tu vida, perdiéndola en el amor, anhelaste perpetuarte en la memoria de las gentes. Mira, Caballero, que el ansia de inmortalidad no es sino la flor del ansia de linaje... ¡Cuántos pobres mortales inmortales, cuyo recuerdo florece en la memoria de las gentes, darían esa inmortalidad del nombre y de la fama por un beso de toda la boca, no más que por un beso en que soñaron durante su vida mortal toda!"

"¿No habrá debajo de nuestra quimérica Dulcinea del Toboso alguna rústica Aldonza Lorenzo?" se pregunta amargamente Maeztu en su ensayo. Las páginas de Unamuno sugieren la réplica: ¿no habrá, por encima de nuestra rústica Aldonza, una ideal Dulcinea? Maravillosamente bien nos ha demostrado que sí la hay Gaston Baty, en una de las joyas del teatro francés de este siglo. Tal es el milagro de la fe quijotesca que también traslada montañas.

En la Conclusión del "Sentimiento Trágico de la Vida", subtitulada "Don Quijote en la tragi-comedia europea contemporánea",

vuelve Unamuno a ocuparse extensamente del Caballero, aupando esta vez y agitando su figura como estandarte para la lucha por la fe en la inmortalidad, contra cuantos se encogen de hombros ante ella. Y dice, entre otras cosas: "¿Por qué peleó don Quijote? Por Dulcinea, por la gloria, por vivir, por sobrevivir", reafirmandose así en su tesis ya expuesta. Y también estas palabras llenas de sabor: "Don Quijote se puso en ridículo, ¿pero conoció acaso el más trágico ridículo, el ridículo reflejo, el que uno hace ante sí mismo, a sus propios ojos del alma?... —¿Y qué ha dejado don Quijote?—diréis. Y os diré que se ha dejado a sí mismo y que un hombre, un hombre vivo y eterno, vale por todas las teorías y todas las filosofías... Y volverá a preguntársenos: —¿Qué ha dejado a la Cultura don Quijote?—Y diré: —¡El quijotismo, y no es poco! Todo un método, toda una epistemología, toda una estética, toda una lógica, toda una ética, toda una religión sobre todo".

Tal es, en síntesis, el pensamiento de Unamuno sobre el *Quijote*.

* * *

Cervantes y su Libro pertenecen al mundo. Pero más motivos que nadie tenemos los españoles para mirar a ellos, y en ellos buscar ejemplo y guía. Y, entre los españoles, ¿qué decir de los vascos?

Nuestro pueblo conoce mal el *Quijote* y peor a su autor. Aparte los vascos no castellanizados, y los superficialmente castellanizados—que suman respetable cantidad—, la inmensa mayoría de los demás tampoco ha leído el *Quijote*: ni siquiera muchísimos que pasan y se tienen por cultos; y todavía son menos quienes han meditado acerca de él. Pero pensar que el pueblo, ni siquiera el pueblo algo culto, vaya a ponerse ahora a leerlo, es pensar en lo excusado. Ni ahora, ni más tarde, en tanto no suba mucho, pero mucho, nuestro nivel cultural. Y el nivel cultural *verdad* (que no es el aparente y que no tiene absolutamente nada que ver con la cantidad de níquel que se emplea en los cuartos de baño—como dice D. B. Wyndham—) es cosa que puede descender vertiginosamente, pero que no sube así como así en cuatro días. Por este lado, pues, paciencia.

Queda la *élite*. La minoría selecta. Ahora bien, la selección no

es el divorcio. La primera condición para que una *élite* sea operante y permanezca fiel a su misión, es que no se halle vuelta de espaldas al pueblo del que ha brotado y que constituye—socialmente hablando—su sustento natural. Por desgracia para los vascos, buen número de hijos de nuestro pueblo que podrían hacer cumplidamente su papel como miembros de su *élite*, han tenido que divorciarse más o menos completamente del organismo social vascongado para ser fieles a su individual vocación cultural. Huérfanos de universidad, los vascos no podemos ofrecer satisfacción a muchas nobilísimas ambiciones, las cuales buscan lejos de aquí medios más propicios para el cumplimiento de la misión que se han impuesto. Esta circunstancia impone a nuestra *élite* dolorosas mutilaciones, especialmente en el campo de la cultura literaria, y dificulta sobremanera la tarea cuya realización preconizo ahora.

Tarea consistente en predicar al pueblo el espíritu del Ingenioso Hidalgo y el del genio que lo engendró: aquel otro Quijote que fué Cervantes. Y sacar, del Libro y de la existencia de su autor, las debidas enseñanzas para uso de nuestra colectividad.

De una sola hablaré aquí, y es de la pérdida del miedo al ridículo: del vencimiento de esa timidez que tantas veces nos acogota y que constituye, quizás, el lastre espiritual más grave de cuantos los vascos arrastramos.

Es habitual hacer pasar la timidez por modestia, y nada hay más engañoso. A nuestro pueblo se le ha rodeado de una aureola de modestia enteramente infundada, sencillamente porque no se quería confesar que era—que es—tímido; ya que, si la modestia es una virtud, la timidez constituye un defecto. Ninguna utilidad tendría el ocultarlo. Y menos en estas páginas. ¿Modesto este pueblo tan pagado de su linaje, el que abría expedientes de hidalguía y limpieza de sangre a cuantos forasteros pretendían avecindarse en su seno? ¿Humilde la raza que produjo a gamboínos y oñacinos? No modestia, sino altivez, y altivez que llega muchas veces a ser ridícula presuntuosidad, es lo que caracteriza al espíritu vascongado. (Recordemos las hilarantes pretensiones sobre los orígenes del vascuence, con todo el resto del complejo a que dió lugar el descubrimiento de nuestra originalidad racial y filológica, y que todavía colea). Nues-

tra timidez, nuestro terror pánico al ridículo, ¿qué es, sino manifestación de nuestra altanería? El modesto no teme al ridículo, porque piensa que nadie se fija en él. Verdades de Pero Grullo son todas estas, pero me atrevo a creer que era conveniente repetir las a propósito del tema que hoy nos ocupa.

Como pueblo altivo, es el nuestro tremendamente tímido. Ha producido, sin embargo, sus Quijotes: ahí están los escritores y los artistas, los descubridores, los colonizadores y los misioneros vascongados. Fijémonos, no obstante, en lo siguiente: de cuantos partieron y, hoy todavía, parten para América, sólo la suerte de los afortunados es conocida. Los fracasados callan sus desventuras, o mienten disimulándolas, y no regresan a la aldea nativa; frecuentemente, se ignora hasta su paradero; prefieren penar lejos, sin una mano amiga que los ayude, a tornar llevando auestas el fardo insoportable del desengaño. Sólo regresan aquellos a quienes las cosas les fueron bien. Y ¿para qué? ¿para enriquecer a su pueblo con cuanto aprendieron lejos de él? Raro es el que osa significarse de semejante manera, aun a sabiendas de que el dinero granjea perdones para cualquier extravagancia. Regresan para vivir oscuramente al modo de la tierra, y a lo sumo son concejales pueblerinos o cosa por el estilo. Esto es todo.

A pesar de lo cual, no somos un pueblo rebañego. El genio vascongado es individualista. Lo vemos en la atomizada estructura política (provincias minúsculas que no aciertan a unirse, municipios autónomos mutuamente irreductibles) y social (caseros aislados, libertad de testar, familias ferozmente independientes que perpetúan rencores tribales), así como en el espíritu migratorio y aventurero, tan singularmente acusado. Pero es este individualismo altanero el que hace que el vasco tenga miedo al ridículo; de aquí su timidez, madre de tantos males. Hablaré brevemente de uno de ellos, grave, sobre todo en la hora actual.

De medio siglo a esta parte, el país vascongado vive una era de prosperidad económica. Junto con Cataluña, estamos a la cabeza de España en lo tocante al progreso material. Este hecho, sumado a la ausencia de tradiciones culturales y militares poderosas, es causa de que la sociedad vascongada se halle estructurada en la actualidad

con arreglo a valores exclusivamente económicos. Si algún país se halla, bajo todos los aspectos, dirigido por la aristocracia del dinero, ese país es el nuestro. Ahora bien: si hay dos aristocracias incompatibles entre sí, ellas son la aristocracia del dinero y la aristocracia del espíritu. El fenómeno es típico; desde Platón hasta nuestros días, no hay sociólogo que no lo denuncie. La claudicación del espíritu vascongado ante la escala burguesa de valores, puede tener consecuencias catastróficas para nuestra vida cultural.

Y puede tenerlas porque, a juzgar por la cantidad de nombres ilustres que estas provincias han dado de sesenta años a esta parte al mundo de las letras, de las ciencias y de las artes, Vasconia atraviesa actualmente uno de sus momentos espiritualmente más fecundos; momento que, quizá, tarde siglos en volver a repetirse. Si no aprovechamos esta coyuntura para extraer de ella el mayor provecho posible, no contentándonos—como hasta ahora—con producir individualidades aisladas, por ilustres que sean, sino imprimiendo a nuestra obra el sello de la personalidad colectiva, creando una tradición y haciendo escuela entre nosotros mismos, habremos hecho traición a nuestro destino. Pero, frente a semejante ambición, la mentalidad burguesa levanta el espantajo del ridículo. ¿Vamos a retroceder ante él, refugiándonos en el conformismo? ¿O vamos a saltar sobre él? Hay que ser fuertes y saber hacer el ridículo como Dios manda.

Para ello necesitamos empaparnos de quijotismo. Si estamos tallados a la medida de nuestra empresa, podemos estar seguros del éxito final. En el caso contrario: si somos inferiores a la magnitud del propósito (como lo fué el Hidalgo), no nos desconsolamos pensando que nuestro sacrificio ha de ser inútil. El valor del ejemplo, aunque no se cotiza en Bolsa, es imperecedero. Y, por si ni tan sólo el ejemplo quedara, recordemos que nuestro pueblo tiene que expiar graves pecados de cordura metalizada y egoísta; y ofrezcamos nuestra audacia en precio de su perdón.
